

res de iluminación en algunas comunidades. De nuevo El Escorial y Guadalupe fueron los más sobresalientes en esas actividades. En el monasterio extremeño hubo además unos magníficos talleres de bordado.

El segundo aspecto a resaltar en este estudio es la gran cantidad de datos documentales inéditos que se dan a conocer, con un interés especial por la suerte de las obras, una vez que tuvo lugar la Desamortización de Mendizábal. Se han consultado los fondos documentales pertenecientes a los monasterios jerónimos que se custodian en el Archivo Histórico Nacional, Sección de Clero, y los diversos informes y otra serie de escritos que se encuentran en el Archivo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, redactados a propósito de la conservación de los edificios y de las obras de arte muebles cuando sobrevivieron a las expropiaciones del siglo XIX. A ello se suman algunas noticias procedentes de los protocolos notariales. Entre las fuentes utilizadas son igualmente esenciales los textos literarios, en especial las diversas crónicas de la orden.

El libro comienza con una introducción sobre la historia de los jerónimos, desde sus comienzos eremíticos a mediados del siglo XIV hasta nuestros días, escrita por un gran especialista en el tema, fray Ignacio de Madrid. A continuación, a lo largo de varios capítulos se abordan cuestiones de tipo general, como las relativas al patronazgo, entre el que destaca el real, seguido por el de la nobleza, el alto clero y la burguesía, decisivo para entender la presencia de ciertas obras de arte en los monasterios e incluso la misma existencia de las comunidades. La iconografía de San Jerónimo cierra este grupo de capítulos donde también se abordan la arquitectura y los bienes muebles pertenecientes a los monasterios, a lo que nos hemos referido más arriba.

El grueso del libro lo compone el estudio pormenorizado de cada uno de los monasterios, agrupados en provincias, ordenadas éstas alfabéticamente. Como es lógico, algunos tienen un mayor desarrollo, como son el de El Escorial, el de Guadalupe, el de San Jerónimo en Granada, el del Parral en Segovia o el de San Jerónimo el Real de Madrid, por su extraordinaria transcendencia artística. Sin olvidar algunos profundamente vinculados al patronato real, como Yuste o San Miguel de los Reyes, en Valencia. Como ya se ha dicho, uno de los puntos más interesantes del libro es que se incluyen –y en algunos casos se identifican– obras de arte que procedentes de monasterios jerónimos, se encuentran en museos, nacionales o extranjeros, que se añaden a las que se conservan *in situ*. Hay entre ellas auténticas obras maestras. Muchos de los artistas más sobresalientes del panorama español trabajaron de un modo u otro para los monasterios de la orden. Pero también, gracias al análisis de los datos documentales, se da a conocer una larga nómina de monjes que, en distintas facetas, se dedicaron a la práctica artística.

Este libro, pues, no se reduce a ser un balance compilatorio de lo conocido con respecto al arte de los monasterios jerónimos, que ya de por sí sería un trabajo encomiable, sino que se interroga sobre las señas de identidad que a partir de la espiritualidad jerónima puede haber en las obras que se produjeron para sus monasterios. A su vez, mediante la identificación de los protectores que donaron o encargaron tales obras de arte, incardinan éstas en su realidad social contemporánea. María José REDONDO CANTERA.

NÚÑEZ RODRÍGUEZ, Manuel: *Muerte coronada. El mito de los reyes en la Catedral compostelana*. Universidad de Santiago de Compostela. Servicio de Publicaciones e Intercambio Científico. Santiago de Compostela, 1999. 143 págs. con 57 ilustraciones.

La larga dedicación de Manuel Núñez al estudio de los aspectos iconográficos relacionados con el tema de la muerte en la Edad Media le avala como autoridad en la interpreta-

ción de la imagen funeraria. Este nuevo libro dedicado al panteón real de Santiago de Compostela ofrece, a través del análisis de las particularidades iconográficas de los yacentes, una atractiva y convincente lectura de la intención simbólica que habría motivado la elección de Santiago de Compostela como necrópolis regia por los reyes de León, Fernando II y Alfonso IX, así como los matices significativos de carácter político-religioso que se contienen en las efigies reales.

En la introducción, se fundamenta el trabajo con un razonamiento sobre el principio de selección que rige la presencia de enterramientos monumentales en los templos, honor otorgado a quienes hubiesen desempeñado el ejercicio del poder -espiritual o temporal- como un acto de servicio a Dios. A los reyes les corresponde este privilegio en tanto son instrumentos de protección de la iglesia.

Las imágenes funerarias de Santiago de Compostela presentan rasgos en su iconografía que no son casuales sino que obedecen a un programa conceptual. Según afirma el autor *“cuando el escultor funerario aborda las claves del poder en el espacio sagrado, de alguna forma está condicionado por razones de teoría política”*. En estas imágenes el atributo que acredita su condición real es la corona. Pero además hay un segundo aspecto que se refiere a la forma en que ha sido representado el estado de la muerte: las figuras yacentes parecen descansar en sueño apacible, y el ademán de la mano junto a la mejilla, propio de un durmiente, indica la expectativa del futuro despertar.

En el desarrollo del discurso para llegar a la interpretación de estos aspectos, Nuñez ha valorado, a partir de testimonios documentales y literarios, la voluntad de los reyes de contribuir a la gloria de la catedral compostelana dando fin a sus obras, los términos en que los monarcas encomiendan a la iglesia de Santiago sus sepulturas, así como la idea de monarquía que tiene la época y los fundamentos alegóricos e institucionales de la misma.

El análisis iconográfico aporta una serie de conceptos en los que se contiene el mensaje simbólico. A través del estudio de los aspectos generales en diversas imágenes de reyes, las figuras yacentes compostelanas aparecen como expresión de la equivalencia “rey-reino”, en la que el monarca no interesa como ser mortal sino como institución garante de paz y de defensa de los valores de la iglesia frente al poder islámico, y en suma como imagen del reino galaico-astur-leonés, en cuanto “cabeza tutelar”.

En la metáfora de la “muerte-sueño” del rey están contenidos principios de carácter universal. A través de una revisión del tema del “sueño-letargo” y de sus manifestaciones en el arte, se abordan aspectos relacionados con él, como el “sueño-visión” o el “sueño-revelación”, que le conducen al mito carolingio en el que Santiago se aparece Carlomagno dormido para alentarle a emprender la lucha contra el Islám y “conseguir la corona de inmarchitable gloria”. En las estatuas yacentes de los reyes en Santiago de Compostela el sueño y la forma en que se manifiesta, ha de verse como alegoría de la recompensa a las conductas valerosas que les han hecho acreedores a la victoria sobre la muerte. El rey entraría en un estado de dormición hasta alcanzar el gozo de la bienaventuranza. El hecho de que la imagen de la “muerte-sueño” se haya utilizado también en la estatua yacente de Raimundo de Borgoña, que junto con la de la reina Berenguela completa el panteón regio, introduciría un nuevo elemento significativo por el cual la necrópolis compostelana aportaría el refrendo dinástico a los reyes de León, durante el período de separación de los reinos castellano y leonés.

Son múltiples las sugerencias que se obtienen de la lectura de este libro en el que, más allá del tema concreto al que va dirigido, se abordan diversos aspectos relativos a la capacidad simbólica del hombre y su plasmación en la imagen artística. Clementina Julia ARA GIL.